

EL MORADOR DE LAS TINIEBLAS

H.P. LOVECRAFT / TOMÁS HIJO



minotauro *ilustrados*

EL MORADOR DE LAS TINIEBLAS

H.P. LOVECRAFT / TOMÁS HIJO



minotauro *ilustrados*

El morador de las tinieblas

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
Copyright © 2024 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

Ilustraciones de © Tomás Hijo, 2024
Maqueta y revisión de iScriptat
Traducción de © Daniel Casado Rodríguez, 2024

ISBN: 978-84-450-1918-4
Depósito legal: B. 14.121-2024
Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros





Los investigadores más precavidos dudarán a la hora de desafiar la creencia popular de que Robert Blake murió cuando le cayó un rayo o por algún shock nervioso grave producido por una descarga eléctrica. Si bien es cierto que la ventana a la que miraba no estaba rota, la madre naturaleza ha demostrado ser capaz de cometer muchísimos actos aberrantes. La expresión que le quedó bien podría haber tenido origen en algún espasmo muscular desconocido que no guarde relación con algo que viera, mientras que las entradas de su diario son claro resultado de una imaginación muy propensa a la fantasía, avivada por las supersticiones del lugar y por ciertos asuntos que había desentramado. En cuanto a las condiciones anómalas que se dieron en la iglesia abandonada de Federal Hill, los analistas astutos no dudarán en atribuirlos a la charlatanería, consciente o inconsciente, con la que Blake estaba relacionado en secreto, por mucho que fuera solo en parte.

Pues, al fin y al cabo, la víctima era un escritor y pintor dedicado en cuerpo y alma al campo de los mitos, los sueños, el terror y la superstición, ávido en su búsqueda de escenas y efectos de lo espectral y lo ignoto. Su último paso por la ciudad (para hacerle una visita un extraño anciano tan dado a las historias ocultas y prohi-

bidas como él) había acabado sumido en la muerte y en las llamas, y debió de ser alguna especie de instinto morboso lo que lo motivó a volver a abandonar su hogar en Milwaukee. Cabe la posibilidad de que conociera las historias antiguas por mucho que afirmara lo contrario en su diario, y que su muerte haya atajado de raíz alguna elaborada mentira destinada a ser una reflexión literaria.

Sin embargo, entre aquellos que han examinado y relacionado todas las pruebas, hay quienes se aferran a unas teorías menos racionales y terrenales. Hay quienes optan por tomarse el diario de Blake al pie de la letra, quienes señalan ciertos hechos como la autenticidad irrefutable del antiguo registro de la iglesia; la existencia verificada de la secta de la Sabiduría de las Estrellas, tan repudiada como poco ortodoxa, antes de 1877; la desaparición registrada de un periodista demasiado curioso llamado Edwin M. Lillibridge en 1893, y, por encima de todo, el pavor monstruoso que transfiguró la expresión del joven escritor antes de morir. Fue uno de esos creyentes quien, llevado al punto del fanatismo, lanzó a la bahía la piedra de ángulos singulares y su caja de metal de adornos extraños que

había hallado en el viejo campanario de la iglesia; en aquel campanario negro y sin ventanas, y no en la torre en la que el diario de Blake afirmaba que se encontraban en un origen. Aunque se ha censurado tanto de forma oficial como no oficial, ese hombre (un médico de buena reputación al que le gustaba el folclore extraño) aseveró que había librado al mundo de algo demasiado peligroso como para que estuviera en él.

Cada lector deberá decidir por sí mismo entre esas dos opiniones. Los periódicos ya han publicado los detalles tangibles desde un punto de vista escéptico, por lo que recae en los demás reconstruir la escena tal como la vio Robert Blake (o como creyó verla, o como pretendió verla). Ahora, al estudiar el diario con detenimiento, desprendidos de las pasiones y a discreción de cada uno, resumamos la oscura serie de sucesos desde el punto de vista expresado por su protagonista.

El joven Blake volvió a Providence durante el invierno entre 1934 y 1935 y ocupó la planta superior de una vivienda venerable situada en un patio de hierba que salía de la calle College, en la cima de la colina oriental cercana al campus de la Universidad Brown y detrás del edificio de mármol de la Biblioteca John Hay. Se trataba de un lugar acogedor y fascinante, albergado en un pequeño oasis de una antigüedad similar a un pueblo donde unos gatos enormes y amistosos tomaban el sol encima de una cabaña que les venía de perlas. Aquella casa georgiana cuadrada tenía un tejado con monitor, una puerta clásica con una forma de abanico tallada, ventanas de paneles pequeños y los demás indicios de la artesanía de principios del siglo diecinueve. En el interior había puertas de seis paneles, un suelo de madera de tablones amplios, una escalera de caracol colonial, chimeneas blancas de estilo adamesco y unas salas traseras que quedaban tres escalones por debajo del nivel general de la vivienda.

El estudio de Blake, una estancia grande que daba al suroeste, tenía vistas al jardín delantero por un lado, mientras que las ventanas que daban al oeste (bajo una de las cuales había situado el escritorio) le permitían ver, por encima de la ladera de la colina, el paisaje espléndido de los tejados esparcidos del centro y las puestas de sol místicas que tras ellos ardían. En el horizonte estaban las laderas moradas del campo. En aquella zona, a unos tres kilómetros de distancia, se erguía el montículo espectral que era Federal Hill, lleno de tejados agrupados y de campanarios cuyas siluetas remotas parecían ondear con misticismo y adoptar una forma fantástica cuando el humo de la ciudad se arremolinaba en el aire y las cubría. A Blake le daba la curiosa sensación de que observaba un mundo desconocido y etéreo que bien podría desaparecer en sus sueños si osaba buscarlo y adentrarse en él en persona.







Al haber pedido que le enviaran a casa la mayoría de sus libros, Blake compró varios muebles antiguos que encajaban con su habitación y se dedicó a escribir y a pintar. Vivía solo y se encargaba de los quehaceres del hogar sencillos por sí mismo. Su estudio estaba en un ático que daba al norte, donde los paneles del tejado monitor le concedían una iluminación maravillosa. Durante aquel primer invierno produjo cinco de sus relatos cortos más conocidos (*Los que acechan en el abismo*, *Las escaleras de la cripta*, *Shaggai*, *En el valle de Pnath* y *El devorador de las estrellas*) y pintó siete lienzos, unos estudios de monstruos inhumanos sin

nombre, de aspecto alienígena, dispuestos en paisajes extraterrestres.

Cuando llegaba la puesta del sol, solía sentarse a su escritorio y contemplar el horizonte occidental hasta perderse en él, con las torres oscuras de Memorial Hall por debajo, el campanario georgiano del juzgado, los pináculos altaneros de la sección del centro y aquella bóveda reluciente y coronada por torres a lo lejos, cuyas calles desconocidas y hastiales laberínticos ponían a prueba su imaginación. Gracias a los pocos conocidos que tenía en el lugar se enteró de que aquella colina lejana era un barrio italiano vasto, aunque la ma-



yoría de las casas provenían de la época de los yanquis y de los irlandeses. De vez en cuando apuntaba con sus prismáticos en dirección a aquel mundo espectral e inalcanzable que había detrás del humo arremolinado, veía tejados, chimeneas y campanarios y reflexionaba sobre los misterios extraños y curiosos que podían albergar. Incluso con aquella ayuda óptica, Federal Hill le seguía pareciendo un lugar alienígena, extraído de la fantasía, propio de las maravillas irreales e intangibles de sus propias historias y cuadros. La sensación permanecía en él mucho después de que la colina se hubiera

teñido del ocaso violáceo salpicado de farolas, después de que los reflectores del juzgado y de que la baliza roja industrial del edificio Trust se hubiera encendido para hacer que la noche se tornara grotesca.

De todos los objetos distantes de Federal Hill, cierta iglesia enorme y oscura era lo que más fascinaba a Blake. Destacaba con una característica única y especial a algunas horas del día, y, bajo la luz crepuscular, la gran torre rematada por el campanario se cernía en contraste al cielo en llamas. Parecía encontrarse en un lugar más alto que los demás, pues la fachada





mugrienta y el lado septentrional que veía de lado, con su tejado inclinado y la parte superior de unas grandes ventanas puntiagudas, se alzaban por encima de la maraña de parhileras y chimeneas colindantes. De un aspecto lúgubre y austero, parecía estar hecha de piedra, manchada y desgastada por el humo y las tormentas de más de un siglo. El estilo, al menos hasta donde alcanzaba a ver con los prismáticos, era de la primera forma experimental del renacimiento gótico que precedía al elegante periodo de Upjohn y contenía algunas de las siluetas y proporciones propias de la era georgiana. Era probable que se hubiera construido alrededor de 1810 o de 1815.

Conforme pasaron los meses, Blake observó aquella estructura lejana e imponente con un interés extraño y creciente. Dado que las enormes ventanas que tenía no se iluminaban nunca, sabía que el edificio debía de estar abandonado. Cuanto más tiempo observaba, más fantasías elucubraba su imaginación, hasta que comenzó a presenciar sucesos curiosos. Creía que un aura de desolación difusa y singular flotaba por el lugar, de modo que las palomas y las golondrinas evitaban sus aleros manchados por el humo. Alrededor de otras torres y campanarios, con los prismáticos alcanzaba a ver bandadas de pájaros, los cuales nunca se posaban. Eso es al menos lo que anotó en su diario. Aunque les habló del lugar a varios de sus amigos, ninguno de ellos había estado nunca en Federal Hill ni tenía la más remota idea de qué era o había sido la iglesia.

En primavera, Blake cayó en las garras de una inquietud profunda. Pese a que ya había comenzado la novela que tanto tiempo llevaba planeando (basada en la supuesta supervivencia del culto de brujas de Maine), algún motivo le impedía avanzar. Pasaba cada vez más tiempo sentado ante la ventana que daba al oeste, contemplando aquella colina lejana con el campanario negro y lúgubre al que las aves no se acercaban. Cuando las primeras hojas delicadas brotaron en las ramas del jardín, el mundo se llenó de belleza, mas la inquietud de Blake solo se acrecentó. Fue entonces que pensó por primera vez en cruzar la ciudad y subir por la ladera para sumirse en aquel mundo onírico envuelto en humo.



A finales de abril, justo antes de la fecha siniestra que era Walpurgis, Blake emprendió su primer viaje rumbo a lo desconocido. Recorrió las interminables calles del centro y las lúgubres plazas en decadencia hasta llegar al fin a la calle empinada llena de peldaños desgastados por el paso del tiempo, con pórticos dóricos y cúpulas de paneles turbios, dado que le pareció que conducía hacia aquel mundo inalcanzable que escondía la niebla, el que hacía tanto tiempo que conocía. Había señales blanquiazules gastadas que no albergaban ningún significado para él, y no tardó en percatarse del rostro extraño y oscuro de quienes pasaban por allí, de los carteles incomprensibles que veía sobre los curiosos establecimientos de los edificios marrones y consumidos por las décadas. En ningún lugar encontraba los objetos que había visto desde la distancia, por lo que una vez más volvió a pensar que la Federal Hill de aquella vista lejana era un mundo de ensueño que ningún humano debía mancillar.

De vez en cuando, atisbaba una fachada de iglesia maltrecha o un chapitel, pero no el edificio ennegrecido que buscaba. Cuando le preguntó a un dependiente por la gran iglesia de piedra, el hombre esbozó una sonrisa y negó con la cabeza, por mucho que hablara inglés perfectamente. Conforme Blake seguía ascendiendo, la zona le parecía cada vez más extraña, con unos laberintos enloquecedores de callejones terrosos e inquietantes que emprendían un sendero eterno hacia el sur. Cruzó dos o tres avenidas amplias, y en una ocasión creyó ver una torre que le sonaba. Una vez más, le preguntó a un vendedor por la gran iglesia de piedra, y en aquella ocasión podría haber jurado que la ignorancia del hombre era fingida. El rostro oscuro del vendedor albergaba un atisbo de miedo que trató de ocultar, y Blake notó que hacía un gesto curioso con la mano derecha.

Y, de repente, un chapitel negro apareció en contraste con el cielo nublado a su izquierda, por encima

